



LIC. JUAN JOSE DE LA GARZA.

1826-1893

CORRÍA el año de 1854. La revolución iniciada en Ayutla el 1º de Marzo del citado año iba tomando cuerpo y había ya cundido al Estado de Michoacán. La ley de conspiradores expedida por Santa-Anna, había empezado a tener su aplicación, y toda la buena sociedad de Morelia se había en vano interesado por la suerte del honrado ciudadano José M. Ramos, inhumanamente sacrificado por la Dictadura.

El 13 de Julio de ese año en Ciudad Victoria, capital del Departamento de Tamaulipas, se pronunciaba por el plan de Ayutla el Lic. Don Juan José de la Garza. El gobierno de Santa-Anna envió inmediatamente fuerzas numerosas contra él, las cuales pusieron sitio á la ciudad y ésta tuvo que ser abandonada á los pocos días por los pronunciados, después de haberse defendido valerosamente contra triple número de hombres.

Quedó, sin embargo, desde entonces encendida la chispa de la revolución en Tamaulipas y en actitud de comunicarse á los Departamentos limítrofes, como sucedió poco después con Nuevo Leon.

Sufrió mucho Ciudad Victoria en aquel sitio, pues las órdenes que llevaba el jefe gobiernista sitiador eran terribles, nada menos que de entrar en la población á sangre y fuego. Palmo á palmo la defendieron los patriotas que mandaba Garza, y palmo á palmo fueron entrando en ella los sitiadores, para lo cual emplearon el incendio y la destrucción de los edificios; calles enteras quedaron reducidas á escombros y desaparecieron muchas fortunas. Después de tomada la ciudad, D. Juan J. de la Garza con los restos de su gente se fué al Norte de Tamaulipas y allí mantuvo el fuego de la revolución, contribuyendo más tarde personalmente á su triunfo en aquella parte de la República.

Con motivo del sitio referido corrió por entonces una especie que revela bien á las claras los sentimientos de que estaban animados los hombres del gobierno dictatorial.

Ponderaban un día los ministros ante su

jefe el General Santa-Anna, el crimen de la ciudad rebelde que tan facilmente se había sometido á las torpes exigencias de un grupo de facciosos; en tono hiperbólico añadían que se hacía necesario destruirla y sembrarla de sal para escarmiento de otras poblaciones que pudieran hallarse en el mismo caso, y entonces excitado Santa-Anna con tal conversación, dijo en uno de esos arrebatos que tan frecuentes eran en él:

—He de levantar una horca en medio de la plaza de Ciudad Victoria y he de situar cañones en todas sus boca-calles para que vean los rebeldes la suerte que les aguarda.

Nadie se atrevió á contradecir, y quizá hubiera llevado á cabo el Dictador sus bárbaros propósitos totalmente, si no hubiera estado allí en la conferencia un ciudadano que sin pertenecer al Gobierno solía levantar su voz en favor de la civilización y de la humanidad. Este era el General Ignacio Basaure.

Triunfó empero la revolución de Ayutla, y aunque ya con la salida de Santa-Anna de México, parecía que todo había concluido, no dejaban, sin embargo, de presentarse dificultades tales como la actitud de Don Antonio Haro y Tamariz, peligro que se conjuró con los "Convenios de Lagos", y el Gobierno provisional del General Carrera en México, quien á su vez cedió, contribuyendo así á que el 11 de Septiembre de 1855 reconociera la guarnición de la Capital el Plan de Ayutla sin modificación ninguna.

La figura de Don Juan José de la Garza fué ya conocida y estimada en Tamaulipas, sirviendo mucho para oponerse á los planes absorbentes de Don Santiago Vidaurri en la frontera, si bien al principio esos planes estaban muy encubiertos con una máscara de democracia y radicalismo que simpatizaba á todos los jóvenes y á todos los liberales de corazón, motivo por el cual hombres tan prominentes como Aramberri, Escobedo, Zaragoza, Zuazúa y otros, fueron mucho tiempo tenientes de Vidaurri y no desertaron de su campo (con excepción de Zuazúa que

signió al lado del jefe fronterizo) sino hasta que tiró éste la careta, desconociendo y burlando la autoridad del honrado General Don Santos Degollado, jefe del ejército federal.

En uno de los muchos incidentes de esa pequeña guerra doméstica entre los tres Estados fronterizos, figuró Don Juan José de la Garza en primera línea.

Después de la derrota del celebre guerrillero Zayas, por el Coronel Arregullén en Villagrán (esto pasaba en 1856) organizó a quel su tropa dando el mando de la infantería al entonces Coronel Ignacio Zaragoza, y el de la caballería al entonces Teniente Coronel Mariano Escobedo, quedando Zayas como jefe de la División.

Estaba ésta en un punto llamado Santa Engracia cuando supo Zayas que marchaba á Monterrey Don Juan José de la Garza con el objeto de apoderarse de esta ciudad, á la cabeza de dos mil hombres de Tamaulipas apoyado por tres mil más que de San Luis habían salido al mando del General Rosas Landa. Zayas entonces se retiró á Camargo y quedó Escobedo con trescientos caballos y con la orden de Vidaurri de detener á todo trance á Garza mientras el primero llegaba con auxilios de Monterrey. Escobedo que se manejó en esa vez como siempre con verdadero valor y corrección irreprochable se hizo fuerte en un punto llamado "Loma larga" donde fué atacado con ardor por Don Juan José de la Garza. La acción duró cinco horas, y entonces Escobedo, que de trescientos hombres los vió reducidos á sesenta, se retiró, no sin haber salvado dos piezas de artillería con las cuales llegó en buen orden á Monterrey. Siguió Garza para esta ciudad, á la que atacó durante dos días y no pudo al fin tomar porque llegó Vidaurri con los auxilios prometidos; dentro estaban los Sres. Zaragoza y Escobedo.

Don Juan José de la Garza se retiró entonces hasta un punto llamado *Puerta de los Muertos*, donde se celebraron unos convenios para restablecer la paz, la cual al fin se estableció, quedando á consecuencia de ella disueltas las fuerzas de Nuevo Leon.

Siguió siendo por consiguiente Don Juan José de la Garza una figura distinguida en la frontera y filiado siempre en el partido liberal, razón por la que llegó, aunque por poco tiempo, á la categoría de General en jefe del ejército republicano. He aquí cómo sucedió esto. La nación había hecho esfuerzos sobre humanos para hacer frente al ejército invasor francés; debido á la actividad del Gobierno y á la influencia moral del brillante triunfo sobre aquél el 5 de Mayo de 1862, habíase logrado formar dos ejércitos; uno, el de Oriente,

fuerte de 22 000 hombres al mando del General Gonzalez Ortega que se fortificó en Puebla, y otro, el del Norte, al mando del General Ignacio Comonfort, fuerte de 8 á 10,000 hombres que vino, ya sitiado el primero á auxiliar á éste y á abastecerlo de viveres y municiones. Después de la memorable batalla de San Lorenzo quedó destruido el ejército del Norte casi totalmente, y después del glorioso sitio de Puebla caían prisioneros los restos del heroico ejército de Oriente. El Gobierno de la República pensó un momento en resistir en la ciudad de México, plan que rechazó al fin, decidiendo salir como lo hizo de la Capital el 31 de Mayo de 1863.

En este tiempo fué cuando quedó nombrado Dn. Juan J. de la Garza General en Jefe; época terrible por cierto porque la desmoralización en el ejército cundió con la rapidez del rayo dando lugar á tristes escenas que sin duda no presagiaban entonces el definitivo y brillante triunfo de la República sobre sus encarnizados y poderosísimos enemigos. Situación tan anómala hizo igualmente que se sucedieran unos á otros los generales en jefe, hasta que fraccionados los partidos, empezaron á luchar como y donde pudieron, sujetándose á las necesidades del país invadido.

Tras de cuatro años de pelea constante triunfó al fin la República, y el llamado Imperio concluyó en tragedia. El cerro de las Campanas en Querétaro presentó ante el mundo civilizado atónito tres cadáveres, uno de los cuales fué el de un príncipe hijo, hermano y pariente de testas coronadas, descendiente directo del Cesar Carlos V, y un indio zapoteca representante de la ley y del derecho, reconocido para México la independencia y la honra. Durante este periodo de lucha ya no figuró el Sr. Don Juan J. de la Garza en primera línea, si bien seguía siendo fiel á sus ideas políticas y al credo democrático que profesaba. Triunfante la República ocupó el Lic. de la Garza varios puestos importantes en la administración pública, y ya antes había sido Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y Gobernador del Estado de Tamaulipas, puesto que ocupó tres ocasiones renunciado las tres y la última en 1870.

Posteriormente retirado por completo á la vida privada, sirvió en la Escuela de Jurisprudencia de la capital la clase de principios filosóficos del Derecho y la de Elocuencia Forense, puesto que desempeñó hasta su muerte. En esa clase (al menos en nuestra opinión) no estuvo á la altura de las ideas modernas, resintiéndose sus lecciones, tanto de la época en que había estudiado el profesor, como de su grado formar dos ejércitos; uno, el de Oriente,

del criterio filosófico que lo caracterizaba.